

## El matrimonio indisoluble

Rebeca Reynaud

Para amar el matrimonio hay que conocerlo. Sabemos que hay dos formas de amar: el amor de esclavitud (concupiscencia) y el amor de libertad (amor de benevolencia). El primero tiende a la alienación, a la servidumbre. Se expresa en estados psicológicos de turbación, de ansiedad y de celos. El segundo tiende a la libertad. Se expresa en estados psicológicos de paz, expansión, felicidad.

Del matrimonio válido se origina entre los cónyuges un *vínculo* perpetuo y exclusivo por el que los esposos quedan como consagrados por un sacramento peculiar. Su consentimiento es sellado por el mismo Dios. De su alianza nace una institución estable por ordenación divina, por eso el matrimonio no puede ser disuelto jamás (cfr. CEC, 1639).

“De manera que ya no son dos, sino una sola carne” (Mt 19,6). Más allá de la unión en una sola carne, conduce a no tener más que un corazón y un alma, exige la *indisolubilidad* y la *fidelidad* de la donación recíproca definitiva; y se abre a la *fecundidad*.

Existen situaciones en que la convivencia se hace imposible. En tales casos la Iglesia admite la *separación* física de los esposos. Los esposos no cesan de ser marido y mujer ante Dios; ni son libres para contraer una nueva unión. En esta situación la mejor solución sería la reconciliación.

Jesús dijo: “Quien repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio contra aquella; y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio (Marcos, 10,11-12).

Si hay una nueva unión, la Iglesia no la puede reconocer como válida, si era válido el primer matrimonio. Si los divorciados se vuelven a casar civilmente, se ponen en una situación que contradice objetivamente a la ley de Dios. El divorcio es una forma de suicidio porque separa la carne que es una. La única institución que dice “no” al divorcio es la Iglesia, porque sabe que el divorcio te hace mentiroso y traidor, hiere a los hijos y destruye la alianza.

El profeta **Malaquías** escribe en el siglo VI a.C.: “¿No los ha hecho Dios un solo ser, dotado de carne y espíritu? Y este uno ¿qué busca? Una posteridad concedida por Dios. Guardad, pues, vuestro espíritu, y no traiciones a la esposa de tu juventud. Porque yo odio el repudio” (2, 13-16).

Es fundamental que el alma logre oír a Dios en la oración, sino lo guía la conveniencia y el propio egoísmo. Nuestra petición, al rezar el Padrenuestro, de ser perdonados, será atendida a condición de que nosotros, antes, hayamos perdonado. “La misericordia penetra en nuestros corazones solamente si también nosotros sabemos perdonar, incluso a nuestros enemigos. Aunque para el hombre parece imposible cumplir con esta exigencia, el corazón que se entrega al Espíritu Santo puede, a ejemplo de Cristo, amar hasta el extremo de la caridad, cambiar la herida en compasión, transformar la ofensa en intercesión. El perdón participa de la misericordia divina” (cfr. CCEC, n. 595), por eso, nos hagan lo que nos hagan, hemos de perdonar: Perdono todo y pido perdón a Dios.

El perdón no consiste en una sabiduría ni un conocimiento ni una ciencia, sino que es saber del corazón que transmite paz y alegría. El Papa dice que "sólo en el perdón se realiza la verdadera renovación del mundo. Nada puede mejorar en el mundo si no se supera el mal. Y el mal sólo puede superarse con el perdón. Ciertamente, debe ser un perdón eficaz. Pero este perdón sólo puede dárnoslo el Señor. Un perdón que no aleja el mal sólo con palabras, sino que realmente lo destruye. Esto sólo puede suceder con el sufrimiento, y sucedió realmente con el amor sufriente de Cristo, del que recibimos el poder del perdón" (15 V 05). Por eso el sacramento de la penitencia es uno de los tesoros preciosos de la Iglesia.

Cuando seguimos el consejo del Señor de perdonar, ¡qué felices somos! No libramos de una carga pesada.

Hay que pedir al Espíritu Santo saber discernir "entre la *prueba*, que nos hace crecer en el bien, y la *tentación*, que conduce al pecado y a la muerte" (CCEC, n. 596).

"Para amar el matrimonio hay que conocerlo", decía al principio, y conocerlo porque uno nace como fruto de un matrimonio, y uno es feliz cuando ese matrimonio es bien avenido. Algunas personas hemos renunciado al matrimonio por el Reino de los Cielos; y vemos al matrimonio como algo grande, *sacramentum magnum*, así que dejamos algo que vale mucho para seguir un llamado del cielo. Si los que vivimos el celibato apostólico no valoráramos el matrimonio, ¿qué chiste tendría dejarlo?

Todo el mundo quiere tener una familia, quiere protección y cariño, por eso es tan importante cuidar la nuestra y la de los demás. ¿Cómo? Tratando de cuidar los momentos de convivencia; que todos lleguen a las comidas, procurar salir juntos, o al menos dos, de compras, a hacer ejercicio o a tomar algo. También ayuda a la unidad participar en la construcción del hogar con pequeños servicios: lavar los platos, cortar el césped, llevar a la terminal de autobuses o al aeropuerto a otro de la familia. Ayuda al ambiente el leer libros buenos y comentarlos en el seno del hogar.

La salvación del todo está en la santidad. El amor de Dios no está reñido con el amor de uno mismo, pero lo quiere ordenado. Un santo importa a Dios más que cientos o miles de tibios.